

CHANCHULLOS, ESTAFAS Y AMIGUITOS DEL ALMA: LA GRAN FIESTA DE LA CORRUPCIÓN 'MADE IN VALENCIA'

Prepublicación. En 'La ciudad de la euforia', Rodrigo Terrasa radiografía cómo la corrupción se adueñó de la sociedad valenciana y da voz a los escasos valientes que se atrevieron a denunciarla desde dentro

El críalo es un pájaro pequeño, con la cola muy larga y el pico negruzco, muy parecido al cuco. Al igual que el cuco, el críalo deja sus huevos en los nidos de otros pájaros para que los demás se hagan cargo de ellos. Sin embargo el críalo tiene una particularidad: si deposita sus huevos en el nido de una urraca, por ejemplo, y la urraca los detecta y los destruye, el críalo vuelve y acaba con todas las crías de la urraca. Así que la urraca acaba entendiendo, por las buenas o por las malas, que o acepta al parásito o ella tampoco se reproducirá. Entiende, en definitiva, que o cierra el pico o todos saldrán perdiendo.

Hablamos aquí del críalo sin tener la menor idea de ornitología porque su comportamiento ayuda a explicar el de los protagonistas de la corrupción valenciana, eslabones de una especie de cadena trófica en la que todos aceptaron nutrirse de los desechos de los demás. Unos se sentaron en la mesa del gran banquete y otros sólo rebañaron el plato; todos parasitaron el sistema, pero casi ninguno abrió la boca porque si uno

hablaba, todos salían perdiendo. Los científicos españoles que estudiaron los modos del críalo desarrollaron una teoría para explicar la conducta del animal. La llamaron «la hipótesis de la mafia». (...)

Sólo así se explica la historia del alcalde que contaba billetes en los asientos de su Ferrari, del pijo adicto al dinero que desapareció del mapa para renacer convertido en un hippie anacoreta, del tuerto, el chatarrero y su gorila, la Perla y el conejo, de aquel gerente que gastó millones en sensuales traductoras rumanas, el empresario que se fugó a Moldavia o del constructor que corría en trikini por los pasillos de un hotel de Andorra con unas gafas de esquiar. La mayor parte de ellos se han ido entrecruzando en este universo, alimentándose unos de los detritus de los otros.

Nadie, salvo un puñado de heroicos denunciantes, abrió el pico. Lo pagaron caro. (...)

Circulaba un chiste que decía que la corrupción era como la paella, que se hacía en todas partes, pero en ningún sitio

como en Valencia. Y así era. Escándalos ha habido en todo el país y casos más graves que los de Valencia, también. Sin embargo lo que aquí ocurrió tenía ingredientes irresistibles, unos protagonistas difícilmente explicables y una tímida respuesta social que nunca se acabó de entender. La Justicia avanzaba muy lenta mientras el PP corría en Ferrari. En tiempos de bonanza económica, su apuesta creaba riqueza, empleo, crecimiento, liderazgo e incluso, qué narices, mucha envidia. El dinero no era de nadie y la ganancia era de todos.

«La fiesta en Valencia no se acaba nunca», presumió en una ocasión un alto cargo

RODRIGO TERRASA | ILUSTRACIÓN DE ARTUR GALOCHA

del partido. Él también acabó procesado.

En muy poco tiempo y sin apenas rival, el PP se apropió de todas las señas de identidad del valencianismo hasta consolidar la creencia de que votar al PP no era una opción política más, sino la forma que tenían los buenos valencianos de defender su tierra.

Cuestionar la apuesta era tan simple como cuestionar la felicidad. Valencia tendría los rascacielos más altos, los edificios más caros de Calatrava, el oceanográfico más grande de Europa, un zoo que recrearía todos los hábitats del planeta, un palacio de ópera con capacidad para más de 4.000 personas, un museo científico con nombre de príncipe, la Copa América más lujosa, un circuito urbano de F1 más espectacular que el de Montmeló, una nueva avenida que nos llevaría er

descapotable hasta el mar, e incluso un nuevo estadio de fútbol en el que, quién sabe, quizás algún día la ciudad pueda albergar sus propios Juegos Olímpicos. Que todo estuviera podrido tras el telón no importaba. Es realmente complicado ver lo que te rodea cuando te ciegan las luces de neón. Es imposible discutir con la boca llena de canapés de caviar. Era la nueva Valencia. Pasen y sírvanse otra copita de Moët. Si lo que ven no les gusta, ahí tienen la puerta. Valencia en el mapa. Una gigantesca falla, espectacular por fuera, hueca por dentro e irremediablemente condenada a convertirse en cenizas.

TESTIMONIO

"LLEGUÉ A PENSAR QUE LA ÚNICA MANERA DE QUE ESTO ACABARA ERA MATAR A ALGUIEN EN EL AYUNTAMIENTO"

¿Que si me arrepiento de haber denunciado? Hoy sí me arrepiento, claro que me arrepiento... Cada día pienso que podría haber mirado hacia otro lado como han hecho los demás. A veces me digo a mí misma que no lo habría soportado, que todo esto valdrá la pena porque al final ganaremos y los malos irán donde tienen que ir, pero sé lo que yo he sufrido, sé que nunca voy a recuperar mi vida, ni la salud, ni el

dinero y el tiempo que he perdido.

Tengo una vida que no es la que quiero tener. He sufrido ansiedad, ataques de pánico, un aborto... No tengo ningún informe médico que diga que ocurrió por todo esto, pero los disgustos, las llamadas de teléfono, las amenazas, el dolor de tripa... No comía bien, no dormía, estaba constantemente en tensión. Estoy convencida de que algo tuvo que ver. De no haber pasado todo esto, creo que algún día habría tenido hijos, pero cuando eres consciente del daño que te pueden llegar a hacer piensas que con niños todo habría sido peor.

Mira lo que te digo: un día, estando ya de baja, me levanté pensando que la única solución era salir y matar a

alguien en el Ayuntamiento. Te lo digo en serio. Estaba convencida de que era la única manera de acabar con esto, la única manera de que alguien me hiciera caso. Ese mismo día me fui al médico y pedí ayuda. He estado bajo tratamiento psicológico y psiquiátrico y, si no he hecho ninguna locura, ha sido por mi familia.

Me llamo XXXXXXXX y fui secretaria general del Ayuntamiento de XXXXXXXX. En el año 2013 afloraron las primeras irregularidades. El equipo de Gobierno me pedía informes y mi opinión jurídica sobre si tal o cual medida estaba bien o no, y cuando yo les dije que no, llegaron los problemas. En unos casos eran irregularidades administrativas y en otros llegué a decirles que eso había que ponerlo en conocimiento del juzgado porque entendía que podía haber una presunción de delito. El alcalde me dejó de hablar y empezaron las presiones. Yo era funcionaria con habilitación nacional. Por mi despacho pasaba gente constantemente. Siempre estaba abierto. Todos los funcionarios venían con dudas sobre tramitación de expedientes, pero de repente todo el mundo dejó de pasar. No pasaba nadie... Yo era la secretaria de la Junta de Gobierno y dejaron de convocarme a las reuniones. Me fueron retirando funciones y responsabilidades hasta que no tenía prácticamente nada que hacer.

El alcalde tampoco se acercaba a mí, pero un día me mandó a una concejala a montarme un pollo a grito pelado, a decirme que estaba maltratando a mis compañeros. Todos dejaron de hablarme y los que aún me hablaban lo hacían a escondidas. Me di cuenta entonces de que el problema de la política en España es que se ejerce por personas cuyo único sueldo depende de tener un cargo público. Si tienes una hipoteca y dos niños, no te vas a arriesgar a enfrentarte a un clan como el que había allí. No te vas a arriesgar a que el alcalde, de un plumazo, te quite tus delegaciones y tu nómina.

Él hacía lo que quería y convirtió el Ayuntamiento en una mafia, porque gente como yo había muy poca. Y esto no lo digo como algo admirable. No sé si estoy loca o soy una inconsciente por no dejarme intimidar por este tipo de gente, pero la realidad es que todo el mundo se moría de miedo. Yo tenía claro que había llegado a ese puesto para hacer mi trabajo y que mi trabajo no consistía en ser consciente de la comisión de delitos, sino todo lo contrario. Tenía que velar por que en el Ayuntamiento se cumpliera la legalidad y es lo que intentaba hacer.

Una mañana, el alcalde me llamó a su despacho. Recuerdo que yo estaba sentada al otro lado de su mesa. De repente se levantó de la silla, apoyó las dos manos sobre el escritorio, se inclinó de pie sobre mí y me dijo: «No me gusta hacerle daño a nadie, pero el que me busca me encuentra». Yo me levanté también y le contesté: «Me parece muy bien, porque yo pienso igual que tú».



Entonces me quitaron mi despacho y me metieron en un zulo, en un cuarto que había en el Ayuntamiento para guardar los productos de limpieza, justo debajo de la escalera.

El nunca me amenazaba directamente, pero conseguía que me llegara su mensaje a través de otros. «Si a ti no te puede meter en vereda, no te preocupes que irá a por tu familia», me decían. El que no ha vivido en este ambiente no tiene ni idea de lo que realmente es esto. Llamaba gente del partido a mi casa y le decían a mis padres: «Ojo a lo que se está dedicando tu hija porque va a acabar inhabilitada y en la cárcel». Mi madre llegó a pedirme por favor que me fuera del pueblo. Un día a las ocho y media de la tarde, estaba entrenando en el gimnasio y se presentaron allí dos agentes de la Policía Local para entregarme una notificación ordinaria. No recuerdo ni lo que era. No era nada grave, pero les había mandado él. El jefe de la Policía era el hermano del alcalde. Yo sabía que eso no era función de los agentes y ellos sabían que yo era funcionaria del Ayuntamiento. Tenían mi correo electrónico o podían llevármelo a mi despacho, pero vinieron al gimnasio a esa hora, que es cuando más gente había, para montar el espectáculo, para dar la imagen en el pueblo de que algo raro habría hecho.

Yo me negaba a vivir con miedo. Al menos hasta lo de la bala. Ese día sí me asusté.

Nosotros accedemos a casa a través de un parking subterráneo. Como la puerta se abre y se cierra muchísimas veces, cada dos por tres está rota, hasta que llega el de mantenimiento de la comunidad y la repara.

Ese día llegamos y en la puerta había una bala plantada en el suelo, justo en nuestro acceso. Un cartucho con una nota que decía que nos iban a quitar de en medio. A partir de ese momento, tuvimos que establecer una serie de protocolos de seguridad para entrar y salir de casa. Empezamos a tener solicitudes de amistad en Facebook de gente desconocida y por el pueblo se corría la voz de que algo malo nos iba a pasar. «Dicen que están imputados por vuestra culpa y que llegado el momento, si ellos, que ya lo tienen todo perdido, entran en la cárcel, están dispuestos a quitarnos de en medio».

«Limpiaros», dijeron. Me acuerdo perfectamente de que el verbo que usaron fue ese. «Llevad cuidado porque, como les arruinéis la vida, no dudarán en limpiaros».

Juegan con tu dinero, con tu familia, con tu vida... Y te sientes sola. Enseguida te das cuenta de que no puedes confiar en nadie. Unos porque realmente no son de fiar y los otros porque tienen mucho miedo y ejercen sobre ellos una presión que no son capaces de soportar.

Yo siempre digo que la política no tiene nada malo. La política, por naturaleza, es algo bueno. Otra cosa son los políticos, pero yo a ellos los presupongo delincuentes, por tanto ya no me asquea lo que hagan. Para mí, lo peor de la política son los funcionarios que participan de la corrupción, los que son cómplices para obtener prebendas, para tener privilegios, para conseguir premios a costa de los demás. Esta situación que yo estoy viviendo habría sido imposible si no hubiera habido funcionarios avalando todo lo que ha pasado. Funcionarias en mi caso.

Ya sea por exceso o por defecto, porque quieren aprovechar la coyuntura para medrar o porque callan para no tener problemas. Es ahí cuando se junta lo peor de la política y lo peor del ser humano.

Y por eso no tengo esperanza. No creo que tengamos redención como sociedad. No sé si algo de lo que he hecho yo servirá. A veces tengo la sensación de estar en una tormenta, en mitad del mar, entre dos puntos de tierra. ¿Qué haces entonces? ¿Continúas hasta el final o te vuelves? Yo tengo claro que voy a continuar. Por mí misma, por mi dignidad, y porque sé que no he hecho nada malo. Sé que ya no me voy a achantar, pero espero que esto se cierre algún día. Espero que cuando haya un pronunciamiento judicial, el infierno se acabe, aunque pueden quedar cinco o seis años de pesadilla.

He vivido los peores años de mi vida... ¿Tú crees que si volviera a conocer otro caso de corrupción me animaría a denunciar de nuevo? Tengo dos cosas muy claras: que voy a acabar con esto y que nunca lo volvería a hacer.